

Parlamento de aceptación por Victoria Prego

Señor director de la Asociación por la Tolerancia, amigos....

El que un, una, periodista haya sido honrada de nuevo por ustedes con el prestigioso premio de la Asociación por Tolerancia es un hecho que merece ser especialmente agradecido. Porque en el día de hoy hay barricadas también en los medios de comunicación, especialmente en lugares como Cataluña.

En primer lugar, porque la opinión mayoritaria hoy sobre quienes ejercemos este oficio imprescindible aunque tantas veces amargo, no es precisamente, excelsa sino más bien, una opinión alimentada por la desconfianza.

Por eso es muy de agradecer que ustedes hayan vuelto a distinguir a otra periodista, a mí, que no he hecho otra cosa en mi vida profesional, que ejercer el periodismo, con esta distinción de una Asociación, cuyo título es, a su vez, el segundo motivo de agradecimiento que quiero hacer expreso hoy ante ustedes.

Entiendo que este es un Premio a la TOLERANCIA y, por lo tanto, también a la CONVIVENCIA.

Dos palabras, dos conceptos, que en su día, no hace tanto, gozaron de gran prestigio entre los ciudadanos españoles.

Dos actitudes que fueron durante años respetadas y aplaudidas por la mayoría, por eso que se llama la opinión pública:

-La de la tolerancia hacia los demás, hacia sus posiciones, sus ideas políticas, sus aspiraciones.

-Y, consecuencia de la anterior, el esfuerzo compartido por muchos por encontrar un espacio para la convivencia pacífica y hasta cordial entre los españoles, fuera cual fuera su historia, su procedencia y su ideología.

Han pasado los años y, de pronto, han pasado a ser términos abiertamente discutidos, ridiculizados muchas veces, e incluso denunciados como encubridores de ocultas intenciones, como la traición.

La vocación de tolerancia está siendo interpretada por muchos, y en voz muy alta por cierto, como síntoma de debilidad ideológica, como una actitud propia de sujetos políticamente cobardes, que no se alzan en armas VERBALES en defensa de unas ciertas verdades de nuevo cuño, hasta ahora por lo visto ocultadas y sometidas al silencio por la opresión.

Sin darse cuenta que la Tolerancia es el respeto a las ideas de los otros y a las formas de vida, pero con una advertencia. Los tolerantes debemos ser decididamente intolerantes contra aquellos que están al otro lado de la convivencia pacífica y del respeto hacia los demás.

Ahora vemos como quienes durante décadas ejercieron terrible violencia sobre los españoles, quienes truncaron la vida de miles de personas, porque aparte de asesinar a cientos de españoles pacíficos asesinaron también el proyecto vital de sus familiares, y destruyeron la estabilidad de todos los que les querían, ahora vemos como estos asesinos y quienes les apoyan pretenden que demos por bueno semejantes periodo de horror.

Ahí, quienes defendemos la tolerancia como modo de vida debemos ser absolutamente intolerantes. Hay que defender la mínima moralidad exigible en las relaciones políticas y sociales de quienes vivimos en comunidad. Porque de no hacerlo así permitiríamos que la sociedad cayera en una verdadera depravación moral que sería el principio de su destrucción.

Por lo tanto defendamos con intolerancia radical todo intento de admitir como posible la defensa de planteamientos infames y el intento de acreditar como justificable y aún como saludable y necesario lo que no ha sido sino el aspecto más negro, más trágico y más vergonzoso de la historia reciente de España.

La defensa de la memoria y la reivindicación de la deuda que los españoles tenemos con las víctimas del terrorismo es, por eso, condición *sine qua non* para poder construir el futuro de nuestro país sobre bases no corrompidas.

Y no digamos el esfuerzo por lograr un espacio de convivencia pacífica entre todos los españoles. Ese sería, en la versión reciente de algunos de los por lo visto oprimidos, una pretensión imposible, habida cuenta de que ha existido en la España de los últimos 40 años una discriminación intolerable hacia una comunidad territorial. Hablo de Cataluña.

Y, en vista de eso, y como reacción supuestamente defensiva, ejercen una auténtica persecución hacia todo símbolo o realidad que pueda ser compartida con el resto de los españoles.

Es el caso, aunque no sólo, de la lengua común. Que ha sido preterida en la enseñanza porque no ha podido ser eliminada en la calle.

Y así hemos visto como se incumplen las sentencias de los tribunales, incluido el Tribunal Supremo, porque lo que se pretende, en un ejercicio totalitario de libro, es arrancar del corazón de la sociedad catalana toda referencia, todo sentimiento positivo, hacia la España de la que desde hace siglos forma parte Cataluña.

Y entonces señalan al que defiende lo obvio, lo justo y lo razonable como un traidor. Por eso quienes defienden lo obvio lo justo y lo razonable ya no tienen sitio en las instituciones ni en los medios de comunicación.

Por eso tienen que agruparse, con esfuerzo, en Asociaciones como esta, que no tienen eco alguno en esos medios,

Contra ese totalitarismo hay que ser intolerantes también. Por costoso que sea, porque se ha dejado mucho tiempo actuar sin freno a esa ideología, hay que hacerle frente sin descanso. Aunque no sé si será demasiado tarde ahora. Pero no será tarde a largo plazo porque no es admisible que una ideología excluyente y separadora tenga éxito definitivamente en nuestra sociedad y la abra en canal y destruya su convivencia pacífica.

Si eso llegara a suceder, sería el gran fracaso del proyecto político que se inició con la Transición. Y el fracaso histórico de lo que ha sido durante los últimos quinientos años España.

Yo leo y escucho todas las cosas que hoy todos escuchamos aquí, realmente perpleja. Sencillamente porque son mentira y se puede demostrar. Lo asombroso, y realmente increíble, es que una parte de la población catalana las haya dado por buenas. Y no me refiero sólo a los datos de un pasado lejano y del pasado más reciente. Incluso del presente más inmediato.

Están también las ensoñaciones sobre el futuro, que se distribuyen y se defienden como verdades, en medio de un delirio que parece no tener límite.

Pero hay algo de perverso en esto último. El gran argumento que esgrimen, esgrimimos, quienes nos oponemos a esta espiral dislocada está referido, en lo tocante al futuro, exclusivamente a Europa, a lo que Europa aceptará o no aceptará en el caso de que el movimiento independentista lograra su objetivo, cosa por otra parte imposible.

Y no hay apenas referencias a España, a los vínculos indisolubles de los pueblos de España, a la gran estafa, al gran engaño de quienes cuentan la Historia inventada.

Debemos levantar la voz también en ese aspecto y no refugiarnos en Europa para que haga el papel disuasorio que nosotros no hemos sido capaces de hacer como colectivo en las últimas décadas.

Contra eso, los tolerantes debemos ser intolerantes. Porque la tolerancia no consiste en admitir cualquier idea cualquier planteamiento, cualquier ideología. Las hay que son perniciosas, un veneno para la sociedad en su conjunto y para el desarrollo de cada individuo. Y esas hay que combatirlas sin piedad. Y en todos los campos

Solo quiero apuntar que la inmensa mayoría de los españoles, y de los catalanes, que pienso que siguen conservando la vocación por la tolerancia y el deseo de convivencia -gentes moderadas y normalmente silenciosas- están siendo arrinconadas poco a poco por los más vociferantes, los más radicales.

De tal manera que parece que no existen, que son pocos, y que la opinión dominante en la España de hoy, y en la Cataluña de hoy, es la de la barricadas políticas, barricadas ideológicas. No es verdad, el gusto por la barricada es minoritario en nuestro país. Y en Cataluña lo mismo que en cualquier otro lugar de España. Pero no lo parece.

Por eso creo que es el momento de ser beligerante en la defensa de la tolerancia, aunque parezca una contradicción de términos. Y beligerante en la defensa de una convivencia respetuosa y pacífica. Que ha llegado hace mucho el momento de levantar la voz, y de mantenerla alzada, frente a los radicalismos. Porque, los otros, los que parece que estamos en el rincón, y efectivamente arrinconados, somos muchos más y en este punto, aunque solo sea en este punto, TENEMOS RAZON.

Este es, supongo, el sentido de este premio que hoy me concede la Asociación por la Tolerancia.

Por lo que a mí se refiere, toda mi vida profesional, que ya es muy larga, se ha desarrollado siempre bajo esas dos banderas: tolerancia y convivencia.

Y lo único que quiero añadir es que seguiré trabajando a su sombra en los años que me queden de ejercicio del periodismo que, si la suerte me acompaña, espero que todavía sean bastantes.

Ese es mi compromiso.

Muchas gracias

VICTORIA PREGO

Barcelona, 4 de octubre de 2013